

esóterica, a la que se guarda en la tersura de una página, a la que no se puede ocultar en una confesión, buscada y oculta en la voz de otro tiempo verbal, o surgida de pronto, como en el escape de los suspiros, como en la ingenua efusión de las lágrimas, como en los actos primos.

Así, ¿desnaturalizaremos la biografía, recargaremos los tonos, nos volveremos líricos o hiperbólicos, iluminaremos el retrato hasta lo indecible?

Siempre volveremos al eclecticismo. Concierto. Disposición igual de aptitudes y de gustos. Toda construcción fué armonía en su esencia y en su forma. Seamos eclécticos y armoniosos y para escribir una vida no pensemos únicamente en la regularidad de la fotografía. Estudiémosla biológica, estéticamente. No nos apartemos de la Historia, pero busquemos también ese contenido sin documento, sin fecha fija y sin ubicación sensible, el adarme de locura o de amor de las vidas ejemplares, el desencanto de los hombres sonrientes, el miedo de los héroes, la tentación de los santos.

El espejo, ¿podrá devolvernos nuestra imagen con la misma nitidez con que nos impresionamos en la retina de nuestros amigos que se entusiasman con nuestra inteligencia o hurgan en nuestros pecados? El auto retratista no ha visto jamás su rostro. El auto analizador se comprenderá con íntegra frialdad sólo cuando consiga elevarse sobre su propio orgullo o su timidez orgánica.

Nuestro don Juan trazó un auto retrato, joya de nuestro verso profano, de la rica Antología de nuestra prosa. El auto retrato queda grabado en la memoria visual... La frente, los anillos de azabache, los ojos, balas negras y penetrantes o globos de fuego celeste para el corazón de las mujeres...

Aquí el documento, el auto retrato, el poder creativo de la palabra, la imagen, la estética arcilla plasmada con cierto amor, pero éste sí varonil y nuevo, de narcisismo.

¡Los amores de don Juan! Geómetra moral, alma enternecida frente al reclamo tímido de la limosna, ¿pudo amar, como su homónimo el Tenorio, en lances de aventura y peligro...? ¿Fué de verdad el sortilegio de sus ojos?... Importará tal detalle a los biógrafos que traten de acompañar a Montalvo en su repaso centenario, vivo, accionante, íntegro, antes de que dijera a su médico francés que la vida se le concentraba en el cerebro y pudiera escribir una elegía, antes de que exhalara el ánima, cerca de los tres claveles comprados a una florista de París, cuya belleza núbil, como lá de otra flor, se consumía bajo el invierno.

¡Flores, flores!... Siempre nos ha cautivado este rasgo poético de las postrimerías de Montalvo, alma heroica que dejó huellas de su viril conciencia en las mejores estancias de sus libros y que ya ordenó para su Quijote americano el epitafio cordial, él de las lágrimas de Dulcinea, recordando al Cid que pidiera el llanto de Jimena: «Item. Mando no dispongan—que me lloren plañideras—Al llanto ajeno renuncio—que me llore Dulcinea—... Rocio serán sus lágrimas—que mis lauros humedezcan—las compradas nada valen—yo ambiciono las sinceras...» Resonancias del Romancero se prolongan en los octosílabos de Montalvo, tan rebelde a las medidas. Comprendió, eso sí, que en los epitafios había de presidir la mensura, Octosílabos. Cuenta gotas para las lágrimas de Dulcinea!

Sea la prosa española de América la viril

plañidera de Montalvo o trace las líneas de su perfecta biografía algún joven latino, de la estirpe de Romain Rolland que genialmente comprendió el movimiento de esas tres vidas de ciclópea labor, de proteica tristeza y de construcciones que, aun con su temblor de inacabadas, ascendieron hasta el punto de la perfección que tortura a las almas: Bethoven, Miguel Angel y Tolstoi... El amor de la millonésima sinfonía, la cabeza de Moisés que quisiera hablar en un soneto, la novela de carne y espíritu o la escuela de Yasnaia que quisiera volverse madre y camino.

El hombre de cien años.—Como retornara Montalvo si le fuera dado salvar la distancia que ya no sabe responder. Las sienas matizadas de una escarcha centenaria; el corazón, en el que no picaron las Harpías, más resistente y noble... ¿Volvería a ordenar la cremación del Judas, escrito en Ipiales, buscaría en su escritorio los papeles de antaño?

No. Su fraterno espíritu opondría se otra vez al paseo de las Euménides. Dejaría que el nombre de su Mercurial continúe en el *Index* y ante la reliquia, cuadrangular como una piedra fundamental de su casona de Ambato, sollozaría tal vez como el ausente agradecido que repara en la devoción con que sus parientes conservaron hasta el muro en donde

se creyó encontrar algo de la familiaridad del viajero corporalmente desaparecido.

En el trece de abril de mil novecientos treinta y dos don Juan Montalvo cumple cien años.

Los escritores de América recibirán con grande júbilo este gran onomástico. De la revisión de sus libros, los nuevos estudios han de revelarnos cómo la fuerza montalvina, de pensamiento y estilo, se afirma cada día más en el bosque secular de los clásicos. Montalvo, el primer clásico de América.

Viajeros que trepen la cordillera y que busquen para su dulce asiento de unas horas el florido valle de Ambato, verán cómo allí, en homenaje al que supo injertar las yemas clásicas de la greco latinidad en el árbol de castellana cepa y de flores ecuatorianas, los jardineros se glorían de haber vencido la terquedad de las arenas y podido conseguir para la sed de los paseantes el limpio jugo de la viña

Y el canto nativista, el que se anuncia para vibrar en todas las cuerdas de la lira con el sentido de todos los paisajes y la vitalidad de todas las raíces nuestras, algún día pedirá, para su viaje por el Amazonas, una piragua de las maderas de Ficoa y la compañía del espíritu libertario de Montalvo que se unió con tan entrañable don a la belleza que no muere.

Augusto Arias

Quito, mayo de 1931.

Estampas

— Colaboración directa —

Ese Plan Hoover, Señores, y esa alharaca de periodistas atolondrados!

¡Plan Hoover! Las agencias noticiosas de los Estados Unidos lo han puesto en conocimiento del mundo. ¿Qué promesas le reserva a ese mundo que lo recibe ansioso, que oye la palabra del Presidente que lo concibe y lo presenta ruidosamente? ¿Creerá ese mundo en la sinceridad del Plan y en los beneficios que con él le auguran?

Francia ha dicho con franqueza que no cree en él. Es una duda fuerte que hará pensar a los hombres y dirán si lo que los Estados Unidos pretenden/es garantizarse el pago de las deudas de guerra, o ayudar con espíritu grande a que los pueblos de Europa surjan de la miseria en que esas deudas los tienen sumidos. Todas las naciones que hicieron la guerra son tributarias de los Estados Unidos. Alemania paga Reparaciones que sirven para que los estados interaliados paguen deudas de guerra. El oro europeo corre por un caudal que desemboca en el Tesoro de los Estados Unidos. El Plan Young escalonó el pago de reparaciones y deudas y en el año 1938 el último abono dejará en libertad a Europa. La gran idea del Presidente Hoover es que durante dos años, tanto Alemania como las demás naciones tributarias, cesen en sus pagos. ¿Por qué ha concebido ese plan precisamente el Presidente de la nación prestamista? Para los que entre nosotros manejan los periódicos, porque él es un preocupado del padecer de los pueblos, porque anheló de

verdad ordenarles sus haciendas y dejarles respiraderos que los vuelvan a la prosperidad.

Para otros, sin embargo, no hay en las ideas de Mr. Hoover sino el cálculo del hombre que está al servicio de la plutocracia de su nación. ¿Cuál sería la suerte de las deudas de guerra si Europa por una conmoción social las desconociera? Es indudable que se irían a pique. Cuando Rusia dijo al mundo que no pagaba nada de lo que el gobierno de los zares había emprestado, Inglaterra vió hundirse un talego conteniendo seiscientos cincuenta y cinco millones de libras esterlinas. Los Estados Unidos tendrían que soportar hoy el hundimiento de cinco mil cuatrocientos millones de dólares, si la tributaria Europa hiciera lo de Rusia. De modo que, más que anhelo de servir a una humanidad hambrienta, hay empeño en librar el inmenso tesoro que los Estados Unidos dieron en préstamo. Y es que los pueblos a quienes la guerra deshizo comienzan a sentir que son más desastrosas las obligaciones económicas que se han sucedido a la catástrofe, que la misma catástrofe. Ellos trabajan, soportan tributos, no comen, no visten, para que las cuotas de indemnización lleguen íntegras a los acreedores implacables. Estas cosas se dicen sin mentira, sin el propósito de abogar por una quimera. Basta reflexionar un momento en lo que pasa en las naciones tributarias